

Pusiéronse de nuevo á andar, y adelantándose Sigognac á las jóvenes para abrir paso con objeto de que las ramas no azotasen el rostro de sus compañeras, llegaron hasta la estatua mitológica cuya sombra se dibujaba al extremo de la alameda.

Isabel miraba con cierto tierno interés aquel inculto jardín tan en armonía con el arruinado castillo. La compasiva joven pensaba en las tristes horas que Sigognac habia debido pasar en aquella morada del fastidio, de la miseria y de la soledad, la frente apoyada contra los vidrios de las ventanas, fijos los ojos en el desierto camino, sin más compañía que un perro blanco y un gato negro.

Las facciones de Serafina, más duras, sólo expresaban frió desdeñoso por la educación; la comedianta encontraba decididamente demasiado tronado al hidalgo, bien que sintiese cierto respeto por las gentes tituladas.

—Aquí es donde acaban mis dominios,—dijo el Barón al llegar delante del nicho de rocalla en el que se enmohecia Pomona. En otro tiempo, tan lejos como alcanza la vista desde lo alto de esas agrietadas torres, el monte y la llanura, el campo y los matorrales pertenecían á mi familia; pero hoy me queda sólo lo preciso para aguardar la hora en que el último Sigognac irá á reunirse á sus antepasados en el panteón de la familia, en adelante su única posesión.

—¿Sabeis que sois lúgubre muy de mañana?—respondió Isabel, conmovida por la reflexión de Sigognac que coincidía con la que se habia ella hecho á sí misma, y tomando un aire jovial para disipar la nube de tristeza extendida sobre la frente del joven;—la fortuna es mujer, y aunque la pintan ciega, de lo alto de su rueda distingue á veces entre la muchedumbre un caballero noble y de mérito; no se trata más que de encontrarse en su camino. Ea, decidios, venios con nosotros, y quizás dentro de algunos años las torres de Sigognac, cubiertas de nuevas pizarras, restauradas y blanqueadas, tendrán un aspecto tan altivo como hoy lo tienen

lastimero; y luego, os lo digo de veras, sentiria en el alma dejaros en este nido de buhos,—añadió la jóven á mediã voz, bastante baja para que Serafina no pudiese oirla.

La dulce luz que brilló en los ojos de Isabel triunfó de la repugnancia del Baron. El atractivo de una aventura galante velaba á sus propios ojos lo que un viaje hecho con tales circunstancias podia tener de humillante. No era por cierto cosa que pudiese menoscabarle el seguir á una comedianta por amor é instalarse como amante en una carreta de cómicos, cuando los más encopetados caballeros no se hubieran hecho el escrupuloso. El dios porta carcaj obliga de buena gana á los dioses y á los héroes á mil actos y artificios peregrinos: Júpiter tomó la forma de toro para seducir á Europa; Hércules hiló su rueca á los piés de Onfale; Aristóteles, el discreto Aristóteles, andaba á cuatro piés, llevando sobre sus espaldas á su querida (1), que queria ir á filósofo (¡chistoso

(1) Padece aquí el Autor una equivocacion. No era á su querida á quien el filósofo llevó sobre sus espaldas, sino á la de Alejandro, y en prueba de ello, léase lo que sobre el particular rezan las antiguas crónicas: «Cuando los atractivos de una hermosa jóven hicieron detener á Alejandro en su ambiciosa carrera, su tutor y guardián, Aristóteles, trató de levantar el espíritu del héroe ridiculizando la debilidad del amor; y lo consiguió con tan buena suerte, que el gran monarca se separó de su bella hada. Esta se lamentó de su desgracia solitariamente durante algun tiempo; pero llegó momento en que no pudiendo soportar su pena, se presentó á su antiguo amante y señor, á quien la hermosura de la ninfa habia hecho olvidar sus sueños de gloria. La encantadora beldad acusó á Aristóteles de haber sido causa de su abandono, se quejó amargamente de que el filósofo hubiera destruido su felicidad, y aseguró á Alejandro que probaria á Aristóteles como habia obrado mal en aconsejarle la separacion, ya que él mismo, á pesar de sus años y de su experiencia, era susceptible de caer en los lazos de la belleza. Adoptó la jóven su plan, y á la mañana siguiente se presentó en el jardin, delante de la habitacion de Aristóteles. Así que estuvo cerca, interrumpió la quietud del aire, cantando un poema de amor, cuyas melodiosas notas distrajeron al filósofo de sus estudios. Aproximóse este á la ventana y divisó una forma más bella que las imágenes creadas por su propio genio. La cara de la jóven estaba velada, sus trenzas extendidas y cubriendo su garganta y espaldas, mientras que su ropaje, semejante á los mantos transparentes de las estatuas

género de equitacion!), todo contrario á la dignidad divina y humana. Sólo habia un punto oscuro: ¿verdaderamente Sigognac estaba enamorado de Isabel? Cosa era esta que no queria el jóven profundizar, pero sí comprendió que en adelante experimentaria tristeza profunda si permanecia en su castillo, vivificado un momento con la presencia de un sér jóven y lleno de gracia.

Así es que pronto tomó su resolucion. Suplicó á los cómicos que le aguardasen unos momentos, y, llamando á parte á Pedro, le confió su proyecto. El fiel servidor, aunque le apesadumbrase separarse de su señor, no se hizo ilusiones respecto de los inconvenientes de una más prolongada estancia en Sigognac. Veia con pesar apagarse aquella juventud en

antiguas, dejaba adivinar las delicadas líneas de su contorno. Afectando completa distraccion, la ninfa se entretenia en entretejer una rama de mirto para colocarla en su frente como corona. Cuando al fin observó que Aristóteles la contemplaba con interés, se aproximó más á la morada, y con acento conmovido cantó su permanencia en aquel sitio por efecto del amor. Deleitábase Aristóteles escuchando tan deliciosos sonidos, y la desconocida beldad le parecia más resplandeciente que nunca. Entonces el filósofo expresó con timidez que no podia ser amado, porque sus cabellos eran ya blancos y su frente estaba cubierta de arrugas. Pasó la ninfa junto á la ventana, y él, en su éxtasis, cogió los flotantes pliegues de su manto. Aquella manifestó desagrado, y Aristóteles confesó su pasion. Escuchó la jóven la declaracion con señales de sorpresa, y después le reprochó por haber alejado de ella á su amante Alejandro. El filósofo contestó que la devolveria nuevamente su discípulo, si consentia en otorgarle una prueba de afecto, á lo que aquella fingió intencion de complacerle, indicando empero á Aristóteles que antes debia prestarse gustoso á satisfacer el capricho que tenia desde su infancia, cual era un vehemente deseo de cabalgar sobre las espaldas de un hombre sabio. El filósofo estaba en aquel momento tan embriagado contemplando su hechicera beldad, que no pudo negarse á su demanda, y dejándose caer de piés y manos, saltó la jóven sobre sus espaldas y le obligó á marchar. En un minuto llegaron á la plataforma inmediata á las ventanas del emperador, y éste pudo disfrutar á su sabor de tan original espectáculo. Las repetidas carcajadas en que prorumpieron los acompañantes de Alejandro, hicieron comprender á Aristóteles lo falso de su posicion, y cuando vió á su discípulo, le permitió que amase en su juventud, ya que él á sus años no pudo evitar la tentacion de amar.» (N. del T.)

un reposo melancólico, en una tristeza indolente, y si bien le parecía singular cortejo para un señor de Sigognac una compañía de saltimbanquis, prefirió sin embargo ese medio de tentar la fortuna á la profunda atonía que, sobre todo hacia dos ó tres años, se apoderaba del jóven Baron. Pronto llenó el fiel criado la maleta con los pocos objetos que poseia su señor, reunió en una bolsa de cuero las escasas pistolas diseminadas por los cajones del vetusto cofre, á las que cuidó de añadir, sin decir nada, su humilde peculio, abnegación modesta de la que quizás no se apercibió el Baron, pues Pedro, aparte de los diversos empleos que llenaba en el castillo, reunia el de tesorero, verdadera prebenda, pues no le daba ningun trabajo.

Como Sigognac no queria subir á la carreta de los cómicos hasta encontrarse á dos ó tres leguas del castillo, para disimular su partida, ensillóse el caballo blanco; de esta manera aparentaba acompañar á sus huéspedes. Pedro debia seguir á pié y regresar al castillo para volver el jaco al establo.

Los bueyes estaban uncidos y se esforzaban, á pesar del yugo que gravitaba sobre su frente, en levantar sus húmedos y negros hocicos, de los que pendian filamentos de argentada baba; la especie de tiara de esparto rojo y amarillo que llevaban en la cabeza y los caparazones de tela blanca que les cubrian á modo de camisa, para preservarles de las picaduras de las moscas, les daban un aspecto altamente mitriaco y majestuoso.

De pié delante de ellos, el boyero, moceton curtido y agreste como un pastor de la campiña romana, se apoyaba en la vara de su aguijon en actitud que recordaba, sin que de ello él mismo se diese cuenta sin duda, la de los héroes griegos que se ven en los bajorelieves antiguos.

Isabel y Serafina se habian sentado en la delantera del carro para disfrutar de la vista de la campiña; la Dueña, el Pedante y Leandro ocupaban el interior más ganosos de re-

anudar su sueño que de admirar la perspectiva de las landas.

Todos estaban prestos; el boyero pinchó sus bestias, que bajaron la cabeza, se afirmaron sobre sus torcidas patas y se precipitaron hácia adelante; la carreta se conmovió, crugieron sus tablas, las ruedas mal engrasadas chillaron, y la bóveda del vestíbulo resonó bajo el pesado pataleo de la yunta. Habian partido.

*

**

Durante los preparativos de marcha, Belzebú y Miraut, comprendiendo que ocurría algo de insólito, iban y venian con aire azorado é inquieto, buscando allá en sus oscuros cerebros de animales explicarse la presencia de tanta gente en sitio de ordinario tan desierto. El perro corria vagamente de Pedro á su amo, interrogándoles con sus azulados ojos y gruñendo al pasar cerca de los desconocidos. El gato, más reflexivo, olfateaba con nariz circunspecta las ruedas, observaba de un poco más léjos los bueyes, cuya masa le imponía y que, con un imprevisto movimiento de cuernos, le hicieron prudentemente ejecutar un salto hácia atrás; luego iba á sentarse sobre sus patas traseras, delante del viejo jaco con quien tenia amistad, y parecia dirigirle preguntas; el buen animal inclinaba su cabeza hácia el gato, quien levantaba la suya, y moviendo sus grises guijadas erizadas de largos pelos, sin duda para triturar alguna brizna de forrage que se le habia quedado entre sus viejos dientes, parecia verdaderamente hablar á su amigo felino. ¿Qué le decia? Sólo Demócrito, que pretende traducir el lenguaje de los animales, hubiera podido comprenderlo; lo que sí podemos decir, es que Belzebú, despues de su tácita conversacion con el rocin, conversacion que comunicó á Miraut por medio de algunos guiños y dos ó tres plañideros y débiles maullidos, pareció haber adivinado el motivo de semejante tumulto.

*

**

Cuando el Baron se hubo colocado en la silla y recogido las correas de la brida, Miraut tomó la derecha y Belzebú la izquierda del caballo, y el señor de Sigognac salió del castillo de sus padres entre su perro y su gato. Para que el prudente felino se hubiese decidido á llevar á cabo semejante acto de valentía tan poco habitual en su raza era preciso que hubiese adivinado alguna resolución suprema.

Al momento de abandonar su triste morada, Sigognac sintió dolorosamente oprimido su corazón. Abrazó una vez más con su mirada aquellas paredes negras de vetustez y verdes de musgo cuyas piedras conocía una á una; aquellas torres rematadas por herrumbrosas veletas que había contemplado durante tantas y tan largas horas de fastidio con esa mirada fija y distraída que nada ve; las ventanas de aquellas salas devastadas que había recorrido como el fantasma de un castillo maldito, teniendo casi miedo del ruido de sus pasos; aquel inculto jardín en el que saltaba el sapo sobre la húmeda tierra, donde se deslizaba la culebra á través de los espinos; aquella capilla de hundida techumbre, de arcos ruinosos, que con sus escombros obstruía las verdosas losas bajo las cuales dormían el sueño eterno, uno al lado del otro, su anciano padre y su madre, graciosa imágen, confusa como el recuerdo de un sueño, apenas entrevista en los primeros días de su infancia. Pensó también en los retratos de la galería, en aquellos retratos que le habían acompañado en sus soledades y sonreído durante veinte años con inmóvil sonrisa; recordó el cazador de patos de la tapicería, recordó su cama con pilares, cuya almohada tantas veces humedeciera con sus lágrimas; acarició en su mente todas aquellas cosas viejas, miserables, toscas, tristes, empolvadas, soñolientas, que tanto disgusto y tedio le habían inspirado, y que en aquel momento le parecían llenas de un encanto para él desconocido hasta entonces. Encontróse ingrato hácia su pobre demantelado castillo que, sin embargo, le había dado abrigo y á pesar de su caducidad se había obstinado en permanecer en

pié para no aplastarle en su caída, como octogenario servidor que se sostiene sobre sus temblorosas piernas mientras vive su señor; mil amargos dulzores, mil tristes placeres, mil alegres melancolías le acudían á la memoria. La costumbre, esa tardía y pálida compañera de la vida, sentada al umbral de siempre, volvía hácia él sus ojos llenos de melancólica ternura murmurando con voz irresistiblemente débil una canción de infancia, una canción de nodriza, y le pareció, al franquear el vestíbulo, que una mano invisible tiraba de su capa para hacerle volver atrás. Cuando traspuso la puerta, precediendo la carreta, una bocanada de aire le trajo el fresco perfume de los matorrales lavados por la lluvia, perfume dulce y penetrante, embriagador aroma de la tierra natal; una campana daba allá á lo lejos, muy lejos, sus sonidos al viento, y las argentinas vibraciones llegaban en alas de la misma brisa que el perfume de las landas. Era demasiado, y Sigognac, presa de profunda nostalgia, aunque sólo estuviese á algunos pasos de su vivienda, hizo un movimiento como para volver grupas; el viejo jaco doblaba ya su cuello en el sentido indicado, con más ligereza que la que parecían permitirle sus años; Miraut y Belzebú levantaron simultáneamente la cabeza, como si tuviesen conciencia de los sentimientos que dominaban á su señor, y suspendiendo su marcha, fijaron en él interrogadoras miradas. Pero aquella semiconversion tuvo un resultado diametralmente opuesto al que se hubiera podido esperar, pues la casualidad hizo que al volver la cabeza Sigognac sus ojos tropezasen con los de Isabel. Esta dirigía al joven una mirada impregnada de tan cariñosa languidez y se leía en ellos con tal fuerza una muda plegaria, que el Baron sintiéndose palidecer y enrojecer á un tiempo, olvidó completamente los agrietados muros de su castillo, y el perfume de los matorrales, y la vibración de la campana, que sin embargo continuaba siempre lanzando al viento sus melancólicos sonidos; dió una brusca sofrenada á su caballo, y aplicándole vigorosamente en los flancos los talones de sus